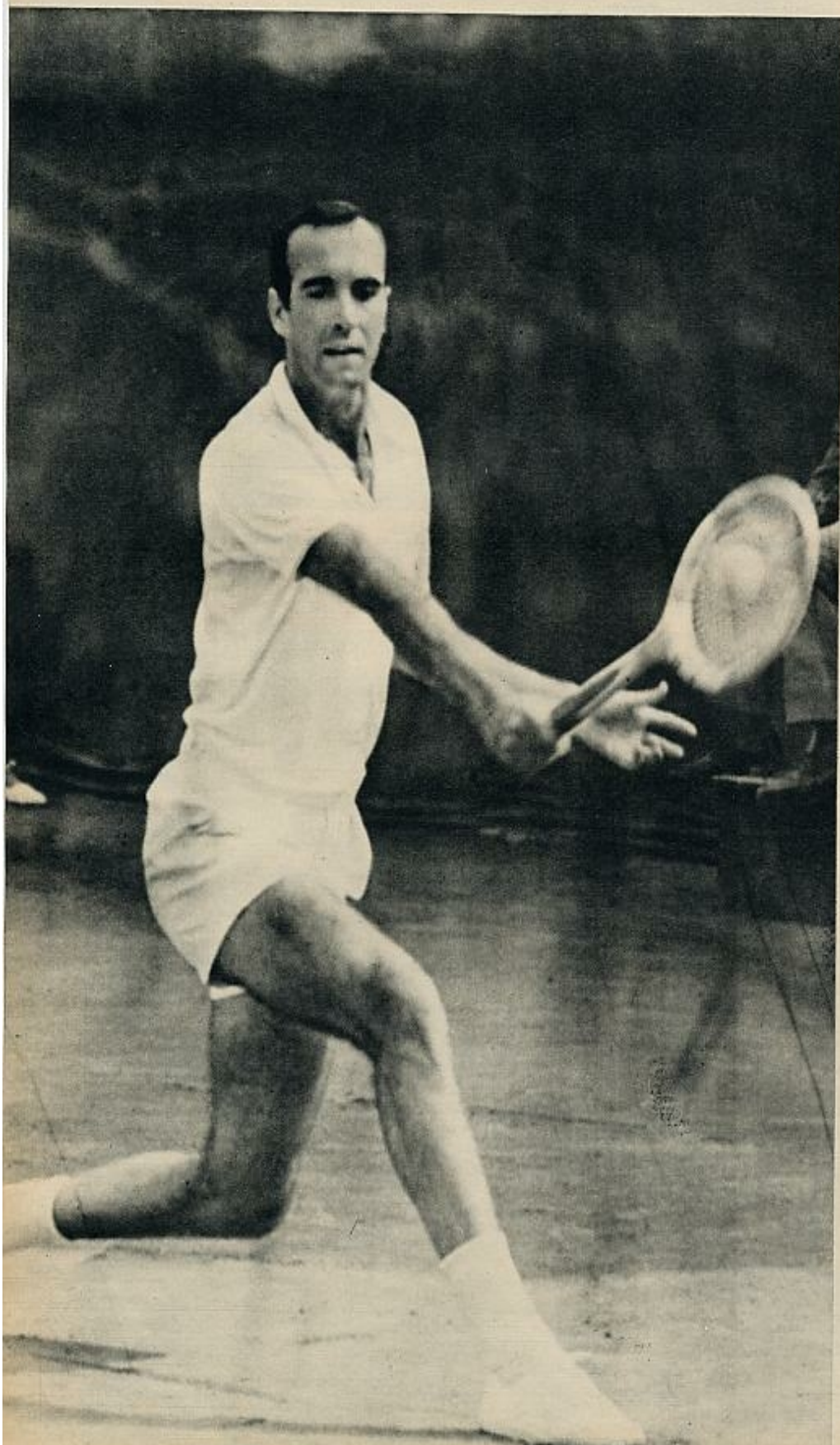


GIMENO TAMBIEN

EL MILAGRO DEL TENIS ESPA



A estas horas se comenta en todo el mundo deportivo la curiosa circunstancia de que un país como el nuestro, extraordinariamente subdesarrollado en tenis, haya logrado acaparar, en un mismo año, los dos primeros puestos de este deporte en el campo amateur y en el profesional. Al éxito obtenido hace unos meses por Manolo Santana en Wimbledon se ha unido, ahora, el triunfo de Andrés Gimeno, adjudicándose en Barcelona el título de campeón mundial de los profesionales, en sus dos vertientes de simples y dobles. El solo hecho de encabezar las dos clasificaciones mundiales podría, exteriormente, dar la impresión de que España es primera potencia tenística. Pero, desgraciadamente, nada más lejos de la realidad.

cuatro hombres: dos campeones

El tenis, que hasta hace bien poco tiempo fue coto cerrado, ha roto barreras de clase, ha traspasado los reducidos límites de la «high society» en los que se desenvolvía, para empezar a entrar en el pueblo llano, que es a la postre el que tiene que proporcionar la cantidad que, normalmente, trae consigo la calidad. Digo normalmente porque, como en tantos órdenes de nuestra vida, también hemos ido en esta faceta contra todo molde clásico, haciendo lo más difícil: creando campeones entre el reducidísimo núcleo de practicantes serios del tenis. En el campo profesional, amén de Gimeno, no tenemos a nadie, de mediana talla siquiera. Y, en el amateur, tras Santana, quedan, bastante más lejos, «Liz» Arilla y Juan Gisbert. Con este corto bagaje, cuatro nombres, encabezamos las dos clasificaciones. ¿No es un milagro? Tengamos en cuenta, por ejemplo, que en Australia hay alrededor de seis millones de licencias extendidas y millares de «courts» para practicar, cuando aquí no tendremos más allá de mil jugadores, incluidas todas las categorías, y alrededor de un centenar de pistas, tirando muy largo.

Hemos hecho lo imposible. Ahora tenemos los campeones —surgidos de la nada— y la televisión se ha encargado de lanzar este deporte, prácticamente inédito para nosotros, a los cuatro puntos de la geografía hispana. Con estos dos poderosos «slogans», a poco que se den facilidades, debe surgir la pléyade de practicantes entre los que encontrar los futuros Gimeno y Santanas que, dígame lo que se quiera, y aunque más de uno se ofenda, saldrán de la gente modesta, de los jóvenes que no conocen el «whisky» o los «week-ends», pero que tienen más vitalidad, más espíritu de sacrificio. No se olvide que el hombre que ahora se ha consagrado campeón del mundo de los profesionales, nació y vivió en el R. C. T. Barcelona, donde su padre era primero empleado y después profesor, comenzando él su contacto con el tenis como recoge-pelotas, al igual que unos años después, en Madrid, en el Club Velázquez, le ocurrió al otro «número uno», Manolo Santana. Y que los hermanos Arilla, aunque no han llegado tan arriba, también tienen la misma procedencia. Estos hombres han sido el ejemplo, pero, al mismo tiempo, han señalando también el camino.

la importancia del mundial "pro"

La gente vibró con las hazañas de Santana, primero en la Copa Davis y, después, en Wimbledon; pero, en cambio, le ha puesto sordina al triunfo de Andrés Gimeno. El fantasma del profesionalismo —que en tenis tiene, incluso, menos delimitación aún que en otros deportes— parece haberle res-

AÑOL



tado interés cara al público, como menospreciándolo. Con ello se ha cometido un tremendo error. Basta enumerar la categoría del rival con el que Gimeno ganó el título de dobles y al que le ganó el de simples, para darse idea real de la importancia de éste torneo que incluso en Barcelona (donde se tuvieron que ampliar las tribunas del recinto en que se disputaban las eliminatorias de la penúltima Copa Davis), ha pasado casi completamente desapercibido. Rod Laver, al que Gimeno, al cabo de más de tres horas y media batió en cinco agotadores sets, pasa por ser uno de los mejores tenistas de todos los tiempos. Su estilo podrá no ser depurado o espectacular, pero su «ranking» victorioso sólo tiene comparación con el del fabuloso Donald Budge, que en 1938 logró lo que el todavía joven australiano —veintiocho años— igualó en 1962, cuando era casi un niño.

Si al público tenístico, nacido hace un par de años, no le dice nada el nombre de Rodney G. Laver, si se lo dirán los torneos que ha ganado, puesto que la estela de éxitos de Santana «nos ha hecho conocedores» de los más importantes certámenes. Laver, el hombre batido por Gimeno, tiene en su haber cuatro finales victoriosas de la Copa Davis, de 1959 a 1962 y, en éste último año (lo que lo llevó a pasarse al profesionalismo) se invistió con el «gran chalem», que en tenis significa ganar en una misma temporada los cuatro grandes campeonatos nacionales de Australia, Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña. Laver, que ya había ganado el Wimbledon en el 61 y el Roland Garros, también en dicho año, en dobles, redondeó en 1962 la extraordinaria proeza de ganar el campeonato de Australia, la Copa Davis (los dos individuales y el doble) y los torneos de Wimbledon, Roland Garros y Forest Hill.

Con estos pequeños detalles, ¿tiene o no tiene importancia la gesta de Andrés Gimeno? Nosotros, particularmente, lo único que lamentamos es que Gimeno se pasase al profesionalismo. Si se hubiera mantenido en el campo oficialmente denominado amateur, junto a Manolo Santana, ¿cuántas Copas Davis hubiera ganado España?

FRANCISCO YAGUE

Andrés Gimeno, en el pasado fin de semana, llegó a la «cumbre» del tenis profesional, conquistando los títulos mundiales en dobles y simples. Sobre las pistas que le vieron nacer, donde pasó su niñez y aprendió sus primeros golpes, batió en la gran final al extraordinario Rod Laver, el «australiano prodigioso».

